



Un mundo más pobre y desorientado

Santiago Martínez Argüelles

Vicerrector de Planificación y Coordinación de la Universidad de Oviedo

Señor Consejero de Educación y Cultura, Sr. Secretario General de UGT, autoridades, amigas y amigos de UGT, es para mí un honor participar un año más en esta Escuela de Verano que cada año fortalece su musculatura y en la que pequeños ajustes le están dando una gran relevancia como ámbito de reflexión y formación.

Un año después del 11-S conviene reflexionar sobre las consecuencias de unos acontecimientos que conmovieron y nos conmovieron. Unos hechos que han significado un aldabonazo en nuestras conciencias y en nombre de los cuales se han adoptado unas decisiones que desde la libertad, no siempre pueden ser aceptadas sin más.

También se han achacado al 11-S acontecimientos menos relacionados con lo que algunos han intentado hacer ver. Es el caso

de la economía. La economía mundial ya se encontraba en crisis cuando se derrumbaron las torres gemelas: Japón llevaba años en recesión, la economía de EE UU había entrado en recesión en el segundo semestre de 2001 y en Europa la desaceleración era también evidente. De hecho, en 2000 el índice Nasdaq perdió un 39% de su valor, en 2001 cayó un 21% más y este año ha descendido más del 30%. Además de llevar a la crisis a varias compañías aéreas y afectar al turismo, el 11-S contribuyó de forma trágica a aumentar la sensación de incertidumbre de los inversores, agravada con los escándalos contables de Enron o WorldCom.

Se respira un ambiente de pesimismo general entre los líderes de opinión, y las recetas clásicas para reavivar la economía no parecen suficientes a la hora de abordar la situación. Las crecientes demandas de solidaridad de los países más desfavorecidos y los pobres chocan con políticas de recorte presupuestario y con la impotencia o la indecisión de los gobernantes occidentales, sumidos en un marasmo de dudas, debilitados sus gobiernos por la crisis. Por tanto, un año después de los atentados, el mundo quiere ser más seguro, pero es, desde luego, más pobre y se encuentra más desorientado.

La crisis actual no se deriva de los actos terroristas, sino de una causa que merece ser cuidadosamente considerada. No hay progreso que pueda construirse sobre pilares de cristal, ni en economía ni en política. Y ahora nos encontramos con una crisis total de confianza.

Cuando alguien, sea un individuo o una nación, se siente amenazado, su reacción inmediata es buscar la seguridad a cualquier precio. El resto de los valores -los derechos, las garantías, la solidaridad- queda provisionalmente aparcado, como si se tratase de un lujo sólo disponible en momentos favorables. Y este planteamiento ha de ser un motivo de alerta y reflexión.

Existe una mayor demanda de seguridad, pero hay que entender que la seguridad no es tanto un concepto militar como una cuestión social. La única forma de recuperar la seguridad sin

que para ello queden mermadas las libertades es mediante la conquista de lo social.

Todos los temas trascendentes que se plantearon tras el atentado, y que podían haber dado lugar a clarificadores debates y justas decisiones, quedaron reducidos a un esquema simplista: el principal problema del mundo es el terrorismo, el principal foco del terrorismo es el Islam. La única solución es la destrucción de los terroristas y de quienes los apoyan. En conclusión, hay que aumentar los presupuestos militares.

Y mediante la fuerza se terminan los problemas, pero no se los resuelve. La única manera de resolver los problemas es la justicia, es decir, resolver los conflictos dejando a salvo los valores fundamentales para la convivencia: el respeto a los derechos individuales, la lucha contra la discriminación, la garantía de participación del pueblo en el poder político, el establecimiento de garantías judiciales y el fomento de políticas de ayuda.

Se está utilizando el 11-S para recortar libertades civiles, y éstas se recortan a base de miedo. Se está utilizando el miedo, porque una población con miedo acepta mejor la falta de libertad y democracia. Y esta política cierra ventanas en lugar de abrirlas.

El más grave peligro es que después del 11-S se manden a la cola de la lista aquellos temas que sirven de caldo de cultivo al terrorismo: la pobreza, la injusticia, la discriminación, el aislamiento cultural y religioso. Cuando el atentado del 11-S debería haber traído como consecuencia la búsqueda de un nuevo orden internacional, basado en el respeto a los valores de la diversidad y la intolerancia, basado en la lucha contra la pobreza y el racismo. Cuando debería haber desembocado en un reforzamiento de los valores cívicos contra la violencia terrorista, afrontando las causas políticas, económicas y sociales que la alimentan, parece haber concluido en una militarización de nuestras conciencias y nuestras sociedades.

De hecho, el apoyo de los ciudadanos estadounidenses a un aumento en los gastos militares ha alcanzado niveles no vistos

en treinta años. El presupuesto militar de Estados Unidos era ya el más importante del mundo, representaba el doble de la suma total de los presupuestos militares de las cinco primeras potencias de la UE (Francia, Reino Unido, Alemania, Italia y España). Este presupuesto se ha incrementado en 48.000 millones de euros con motivo de los atentados, y equivale actualmente una vez y media al presupuesto militar de Francia, segunda potencia de la OTAN.

En esta línea, EE UU ha aprobado, con un respaldo mayoritario, la detención sin cargos y los juicios militares a puerta cerrada para presuntos terroristas que no sean ciudadanos estadounidenses. Y diversos oficiales han transmitido el mensaje, recibido sin escándalo por la mayoría de la opinión pública, de que contradecir la versión del Gobierno es una actitud antipatriótica. Este cambio interno tiene evidentemente consecuencias en la política exterior.

Sin duda, éste no es el camino. No cabe la seguridad sin libertad. Para silenciar los fundamentalismos tiene que haber un pluralismo global verdadero. El mundo encontrará la seguridad tan anhelada si busca primero la estabilidad social, mediante la satisfacción de las necesidades humanas básicas, como son el derecho a la formación y el empleo y el refuerzo de la democracia local y la participación.

No se puede tener una economía global que al tiempo que enriquece a unos pocos de una forma que no tiene parangón histórico crea decenas de millones de perdedores.

Es necesario, por tanto, volver a urdir el tejido social que algunas corrientes de pensamiento político y económico están desgarrando. Y en este sentido, la tarea más difícil consiste en crear una globalización alternativa, que no es otra cosa que un esfuerzo por reconstruir la economía global de abajo a arriba, sobre la base de unas sociedades más saludables y equitativas.

El fenómeno de la globalización ha sido abordado frecuentemente como una fuerza de integración, pero esto sólo es así en

algunos países con gobiernos fuertes. Para el resto, la globalización ha sido como un catalizador del desorden y la separación.

Esto no quiere decir que se debe rechazar la globalización. La globalización es, posiblemente, la única salida para muchos países y personas; pero una globalización con rostro humano, que integre adecuadamente lo económico con lo cultural, la integración con la diversidad, el crecimiento con la solidaridad, la seguridad con la libertad. Una globalización en la que aún queda mucho por hacer y todos los seres humanos debemos reconocernos en nuestro papel de modeladores de la globalización que tendremos.

Muchas gracias.